

La gota de agua

de Nikola Gerein

Una vez, en un país remoto, muy lejos de aquí, vivían unas gentes muy alegres y amables en un pequeño pueblo del desierto. Un día, cuando el sol brillaba aun con más fuerza que de costumbre, un mago malvado atravesó el país de un extremo a otro. Se subió al cerro más alto y vio lo felices y despreocupadas que vivían esas gentes. Las observó con astucia y tramó un malvado plan. Respiró el aire caliente del desierto y luego lo sopló sobre el vasto país.



Poco a poco se fue agotando el agua de las fuentes. Los animales y las personas del pueblo tenían miedo y pasaban mucha sed. Cuando estaban a punto de agotarse todas las reservas de agua, un jovencito se hallaba sentado junto a su camello que dormía bajo la sombra de una gran palmera.

Se levantó para irse, pero se quedó de pie, como clavado en el suelo. Por encima de la joroba del camello vio a lo lejos agua y tierra verde. El joven llamó enseguida a los demás niños, pero éstos no podían distinguir nada.

Entonces fueron a buscar a la mujer más anciana y sabia del pueblo y el jovencito dijo: „Mira, ahí.”

La mujer sabia miró hacia la lejanía y dijo: „Hace mucho, mucho tiempo, cuando yo todavía era una niña, vino un mago malvado a nuestro país. Atemorizó a todas las personas, ya que las dejó sin agua. Si se trata de nuevo de este mago, tenemos que hacer algo, antes de que sea demasiado tarde. Hace ya tanto tiempo, que me he olvidado de lo que hicimos en aquel entonces, pero en algún lugar está escrito.”

La mujer sabia, se levantó con dificultad y se fue lentamente hacia su pequeña cabaña de barro. Al cabo de un rato, volvió con un gran libro.



Con voz frágil habló la mujer: „Los niños más fuertes y rápidos de nuestro pueblo junto con nuestros mejores camellos, deben emprender un largo y arduo camino. Tienen que seguir la dirección que el jovencito nos ha mostrado, ya que allí encontrarán agua y ayuda.”

A la mañana siguiente se reunieron todos los habitantes del pueblo en la plaza. Decidieron un camino por el que los niños del sol tendrían que correr como en una competición. Con trapos de colores que ondeaban al viento, marcaron un camino que guiaría a los niños a través de una gran duna y una alta palmera.



En la línea de salida estaba la anciana mujer con el libro de los sabios. Recibió amablemente a los cinco niños más rápidos. Durante horas habló con ellos sobre lo que podrían encontrarse en el viaje. Mientras tanto, los otros niños y los habitantes del pueblo cargaron los camellos más fuertes con agua y provisiones suficientes.

A la mañana siguiente los niños elegidos partieron hacia el desierto. A la cabeza del grupo, cabalgaba el jovencito en su camello. A los niños no les pasó nada, ya que en todo momento tuvieron en cuenta, lo que la sabia mujer les había dicho. Cuando se les terminó la comida y también el agua, se desesperaron. Pero como por un milagro, a la mañana siguiente llegaron al amplio mar azul-turquesa. El jovencito, señaló con el dedo a lo lejos y solamente dijo: „¡Ahí!”

Tal y como les había explicado la anciana mujer, empezaron a coger la madera que las olas devolvían a la orilla. Ataron las maderas con viejas cintas hasta conseguir una gran superficie parecida a una balsa. Atando los trapos de colores hicieron una vela y el viento cálido del desierto les empujó mar adentro. De noche bebían el rocío que se impregnaba en la vela y de día comían el pescado que pescaban con unos palos largos. No sabían cuanto tiempo llevaban navegando.

Un día, muy temprano por la mañana, cuando los demás niños aun dormían, el jovencito gritó muy contento: „¡Ahí!” Los niños se despertaron y no podían creer lo que veían, ya que ante ellos, todo era verde. Se acercaron y llegaron a una playa llena de niños jugando, que curiosos fueron hacia la balsa y la arrastraron hasta la orilla.



Todos los niños se encontraron frente a frente observándose asombrados. Los niños del sol no entendían que los niños del país verde tuvieran el pelo tan blanco y los ojos tan verdes como los prados , y los otros niños observaban sorprendidos la piel aterciopelada de los niños del desierto.

Todos hablaban confusamente. Cada uno preguntaba una cosa distinta, pero no entendían nada. Se tocaban la piel y el pelo entre ellos, hasta que se cogieron de la mano y empezaron a jugar todos juntos.



Al anoecer, los niños del sol tenían mucho frío. Sus nuevos amigos los llevaron a su pueblo. Al acercarse al pueblo, los niños del desierto se sorprendieron de las casas con tejados puntiagudos, de los que salía humo sin cesar. Una vez allí vieron las estufas, que no se encendían para cocinar, sino para calentar las casas. Hacía mucho frío y soplaba un viento helado.

Al día siguiente, antes de salir de las casas para ir a jugar, los niños de pelo blanco les dieron a sus amigos jerseys gordos, chaquetas gruesas y zapatos forrados para que no pasaran frío. Entonces se fueron a jugar a la playa y mientras, los habitantes del pueblo se preguntaban de dónde vendrían esos niños de aspecto tan diferente.

Los niños del sol miraban boquiabiertos el agua que allí caía del cielo y la cantidad de fuentes, arroyos y lagos, llenos de agua hasta los bordes. Se sentían muy felices, pero todo el tiempo añoraban a su gente. Entonces el más pequeño de los niños del sol, dibujó una enorme gota de agua en la arena. Señaló con su dedito hacia el mar y dijo: „¡Ahí!”

Esto lo había visto el viejo abuelo del pueblo. Reunió a todos los habitantes y les habló: „Los niños del sol vienen de un país muy lejano, situado al otro lado del mar. Allí siempre brilla el sol y hace mucho calor. Ahora, en el pueblo de dónde vienen los niños, no hay nada de agua.”

Entonces se fue a su pequeña casa e igual que la anciana, volvió a salir al cabo de mucho rato con un gran libro. Con voz frágil habló despacio: „Solo nuestros niños, los más rápidos del pueblo, pueden ayudar a los niños del sol.“ Explicó con exactitud, lo que había que hacer.

Los habitantes del pueblo escuchaban asombrados, y así, estos niños corrieron también como en una competición. Todos los habitantes del pueblo junto con los niños, construyeron hermosas barquitas con velas de colores. En ellas navegarían los niños más rápidos con los niños del sol. Una noche, cuando las barcas estaban listas, se subieron juntos a las barcas de colores y se hicieron a la mar.

Llevaban suficiente comida y mucha agua a bordo. Tras una larga travesía, por fin llegaron a la tierra donde vivían los niños del sol. En la orilla estaban los viejos y fieles camellos esperando pacientemente a los niños. Los amigos cargaron los camellos con las provisiones y cabalgaron juntos hasta su pueblo.

Los habitantes del pueblo estaban débiles y entretanto casi muertos de sed. Los niños descargaron las provisiones y mucha agua de los camellos. El agua, al transportarla se derramaba y allí donde una gota de agua tocaba la tierra, crecían, para sorpresa de los habitantes del pueblo, flores y hierba. De pronto el niño más pequeño se tropezó con los cabellos blancos. De la impresión, se le cayó el cántaro y toda el agua se desparramó en la arena ante sus ojos.

Como por un milagro, en aquel mismo lugar apareció una pequeña fuente.



La gente se alegró de volver a tener agua. Poco a poco los niños iban echando cántaros de agua a cada fuente y así volvían a llenarse más y más todas las fuentes de deliciosa agua.

El mago malvado, desde lo alto del cerro vio todo esto y planeó una nueva venganza. Con voz amenazadora gritó a través de la noche del desierto: „Aniquilaré a todos los hombres y les quitaré el agua para siempre“.

Uno de los niños que todavía no dormía, escuchó la amenaza del mago malvado y rápidamente despertó a los otros niños. Esa misma noche hicieron juntos un plan. Reaccionaron rápido y antes de que saliera el sol abandonaron sus cabañas. Para proteger las fuentes, todos se acostaron sobre los agujeros de los que manaba el agua y se taparon con la ropa de abrigo que les habían dado los niños de pelo blanco.

Cuando el mago malvado subió al cerro, le sorprendió un poco ver muchos montículos pequeños en el desierto que nunca había visto antes. Pero apenas le dio importancia, ya que lo único que tenía en la cabeza era su venganza. Entonces aspiró de nuevo el aire caliente del desierto y sopló su aliento abrasador sobre el vasto país. El miedo y el terror se extendió entre las personas y los animales. Solo los niños permanecían inertes sobre la arena protegiendo las fuentes. Cuando el vendaval cesó, los niños se levantaron de las fuentes.

La gente se asombró de la valentía de los niños. Lo celebraron bailando de alegría alrededor de las fuentes y de los niños. Lo habían conseguido, ya que no se había secado ni una sola fuente. Cuando el mago malvado vio esto, se fue poniendo cada vez más furioso. Con la cara azul de cólera, contuvo la respiración y empezó a hincharse muchísimo. De manera que él mismo parecía una gota de agua gigante. Allí estaba, en lo alto del cerro, cada vez más enfadado, hasta que al final reventó con el estruendo de un trueno.

En ese momento empezaron a caer cientos de miles de pequeñas gotas de agua en el desierto y aparecieron muchas pequeñas fuentes y hasta diminutos arroyos.



Y así fue, como los niños valientes de los dos países lejanos salvaron el agua y la vida en el desierto.



QUERIDOS NIÑOS Y NIÑAS,

En el cuento de hadas „La gota de agua“ los niños valientes de los dos países lejanos, salvaron el agua y la vida en el desierto.

Vosotros habéis participado hoy 16. 10. 2010 en la carrera infantil UNICEF KIDS RUN para una buena causa.

Gotas para Níger - Cada gota cuenta!

Me gustaría daros las gracias a todos
Nina Märchenfee

Participación: Jahnke Silvia (edición)
Thomas Lagemann (diseño)
Beatriz Cárcamo (ilustraciones)

www.kindermaerchen.org